

Trabajo de campo*
Iraide Ibarretxe-Antuñano
Universidad de Zaragoza – IPH
iraide@unizar.es

Resumen

El trabajo de campo consiste en la recogida sistemática de información sobre un determinado fenómeno *in situ*, en su entorno natural. En este artículo, tras una breve revisión sobre el lenguaje y la diversidad lingüística, se exponen las bases que sustentan a esta metodología lingüística. Este artículo se divide en dos partes fundamentales. En primer lugar, se explican las diferentes concepciones que abarca esta metodología en el área de la lingüística y los requisitos necesarios para llevar a cabo la interacción entre el investigador, la comunidad lingüística y la investigación. En segundo lugar, se enumeran los pasos necesarios para realizar un trabajo de campo y se profundiza en algunos aspectos prácticos y tecnológicos. Finalmente, a modo de conclusión, se reflexiona sobre la importancia y la necesidad de llevar a cabo trabajo de campo en las ciencias del lenguaje. **Palabras clave:** trabajo de campo en lingüística, datos empíricos, comunidad lingüística, diversidad lingüística, metodología lingüística.

Abstract

Fieldwork can be described as the systematic data gathering about a specific phenomenon that takes place on its natural environment. After a short introduction about languages and linguistic diversity, this paper introduces the basics of fieldwork methodologies. It starts with an overview about the concept of fieldwork in Linguistics, followed by a description of the main scientific and ethical requirements needed to conduct fieldwork around language. Then, it proposes a ‘must-to-do’ list of basic steps to bear in mind in fieldwork, with a special focus on practical and technological issues. The final part discusses the importance, the scope, and the need to incorporate fieldwork in the language sciences.

Keywords: linguistic fieldwork, empirical data, linguistic community, linguistic diversity, linguistic methodology

1. Introducción: el ser humano, el lenguaje y las lenguas

El lenguaje es una de las características más especiales que tiene el ser humano y que, al menos, de momento, nos diferencia de otras especies animales. A través del lenguaje, los seres humanos nos comunicamos con otras personas y, por supuesto, con nosotros mismos. Gracias al lenguaje, las personas somos capaces de pensar y crear pensamientos. A fin de cuentas, el lenguaje es eso, comunicación y cognición. A los seres humanos se nos supone que nacemos preparados, o al menos predispuestos, físicamente, para producir lenguaje. Todos tenemos el mismo cuerpo, el mismo cerebelo y, en teoría, estando sanos, no hay nada que nos impida a ninguno de nosotros desarrollar el lenguaje. Primero, gestualmente, y poco a poco, en diferentes fases, gestual y oralmente; porque, no hay que



olvidarse de que el lenguaje es multimodal, es decir, no solamente se procesa de forma vocal-auditiva –como a veces parece que nos hacen creer– sino también de forma visuo-gestual (para una revisión, véase Ibarretxe-Antuñano y Valenzuela Manzanares (2021: cap. 5)). Ahora bien, el lenguaje, por mucho sustrato biológico que se le presuponga, no estará nunca completo, ni se desarrollará de forma adecuada, sin la parte socio-cultural. Los seres humanos son animales sociales, crecen y se desarrollan de forma grupal, no aislada, y el lenguaje, como no podía ser de otra manera, también lo es. Descritas ya algunas de las características básicas del lenguaje humano según las investigaciones más recientes, es decir, que es multimodal y biocultural, es momento para centrarse en cómo se manifiesta el lenguaje humano. En otras palabras, es momento de describir las lenguas y la diversidad lingüística.

Actualmente, existen más de 7000 lenguas, tanto orales como signadas, distribuidas por todo el mundo. A la existencia de lenguas diferentes y su distribución espacial por el mundo es lo que se conoce con el nombre de diversidad lingüística. Aunque parezca sencillo a simple vista, acotar la diversidad lingüística no es tarea baladí, debido a la conjunción de diversas razones de distinta naturaleza. Para empezar, el número de lenguas exacto no está claro, puesto que habría que empezar por definir y, sobre todo, acotar dónde termina una variedad y empieza una lengua; una tarea nada fácil porque su interpretación depende, entre otros factores, que muchas veces no son lingüísticos ni científicos, del contexto lingüístico en el que se hablen esas lenguas o variedades.

A este factor, se le une, además, el hecho de que las lenguas o las variedades no conocen de límites jurídico-administrativos, sino que suelen expandirse, más bien, a través de diferentes extensiones geográficas, independientes de las fronteras políticas que, como se sabe, suelen ir cambiando de lugar a lo largo de la historia (véase, por ejemplo, el caso ilustrativo del euskara en Aurrekoetxea 2022). Estos factores pueden explicar, al menos parcialmente¹, por qué cuanto mayor sea la diversidad lingüística, más tendencia hay de agrupar variedades bajo una misma lengua general (p. ej., hablar de “chino” (como lengua general) y de “dialectos chinos” a pesar de ser estos oralmente ininteligibles entre sí (véase Ramsey 1987)), y viceversa, es decir, cuanto menor es la diversidad lingüística, más se tiende a buscar “lenguas” y ver las variedades como más dispares (p. ej., referirse al “sueco” o al “danés” como lenguas distintas a pesar de ser mutuamente inteligibles).

A esta situación, compleja ya de por sí desde el punto de vista estrictamente filogenético y tipológico, se le unen además toda una serie de situaciones sociolingüísticas que suelen tenerse en consideración en las caracterizaciones generales de estas lenguas. Estos factores sociolingüísticos serían, entre otros, la existencia de un sistema de escritura (y, por ende, de documentación escrita), la creación de una variedad estandarizada –que no hay que olvidar que siempre es artificial (se construye intencionalmente) y prescriptiva (uso obligado de determinados rasgos lingüísticos) (Ibarretxe-Antuñano 2021a: 58)– y el estatus de oficialidad de estas lenguas. Estos factores, que suelen tenerse en cuenta para estudiar, por ejemplo, la vitalidad de las lenguas (Unesco 2003), suelen reflejar muy poco la verdadera realidad de la mayoría de las lenguas del mundo –la mayoría ni están escritas, ni estandarizadas, ni son oficiales– sino más bien, suelen ser el espejo de la situación sociolingüística de las lenguas que se consideran mayoritarias (principalmente, desde el prisma occidental, es decir, lenguas como el inglés, el francés o el español) (véanse Moreno Cabrera 1997; Amorós Negre 2014; Ibarretxe-Antuñano 2021a, b).

Sea como fuere, lo que está claro de este tipo de inventarios de lenguas es que, como se aprecia en la Figura 1: (i) hay una gran diversidad de lenguas “variadas”, visualmente

representadas en el mapa a través de diversos colores y formas, y (ii) están distribuidas de forma irregular por el mundo.

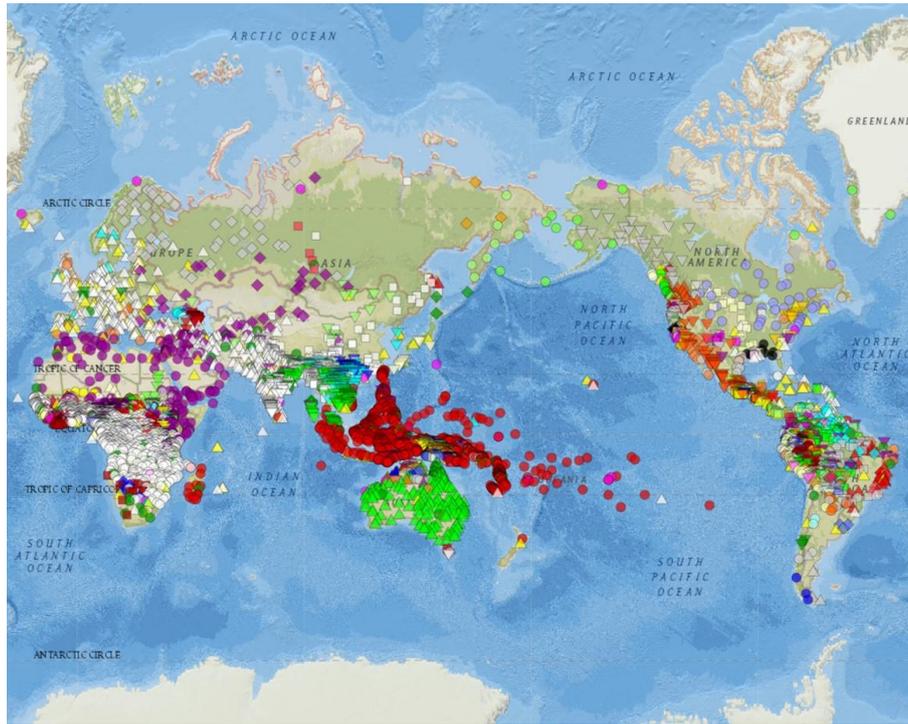


Figura 1. Diversidad lingüística. Mapa creado con Glottolog 4.5.
[<https://glottolog.org/glottolog/language>]

Las zonas a ambos lados del Ecuador son las que, en líneas generales, concentran el mayor número de lenguas. En términos de países y continentes, Europa destaca por la poca diversidad lingüística, en comparación con otros continentes como Oceanía, África y las Américas. Y, los países europeos, con mayor diversidad lingüística de la que a veces nos han hecho creer (un país → una lengua), siguen estando claramente en desventaja con respecto a países como, por ejemplo, Papúa Nueva Guinea (que ostenta el récord de mayor diversidad lingüística con 864 lenguas (18 extintas)) o Nigeria (con 533, con 23 extintas) o México (298, en 63 nacionales) (para mayor información, se puede consultar el Ethnologue o la plataforma de libre acceso Glottolog 4.5; véase sección 6).

En las imágenes que aparecen en la Figura 2, se aprecia claramente cómo, en términos de diversidad lingüística, el tamaño no importa. En esta imagen adaptada de Harrison (2007), se aprecia cómo lugares con poca extensión geográfica terrestre, como Oceanía, se vuelven extensos en términos de diversidad lingüística. En los mapas de la Figura 2, está marcado el archipiélago de Vanuatu como un ejemplo ilustrativo. Apenas se aprecia en el mapa de la Figura 2.a., pero destaca en el de la Figura 2.b.



Figura 2.a. Extensión geográfica

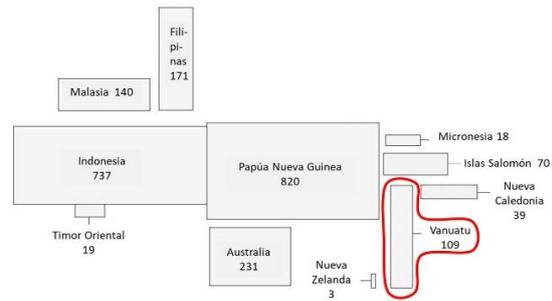


Figura 2.b. Diversidad lingüística

Figura 2. Oceanía: tan pequeño y tan grande. Mapas adaptados de NatGeo Map Maker y Harrison (2007: 13)

Estas diferencias en cuanto a la distribución de la diversidad lingüística nos dan aún más pistas sobre el ser humano y su relación con el lenguaje y las lenguas. El estado natural del ser humano no es ser monolingüe, sino plurilingüe (más del 60 % de la población mundial lo es desde que nacen, aunque, de todas esas lenguas, el 96 % de la población habla solo un 4 % de ellas). Y, las lenguas, como manifestaciones concretas del lenguaje, son el mayor recurso que tiene el ser humano para cristalizar y transmitir la cosmovisión de sus hablantes ya que, como se menciona en el informe de la Unesco (2003: 2), recopilan “saberes únicos, culturales, históricos y ecológicos”. Por eso, el hecho de que una lengua deje de tener hablantes, al igual que cuando se extingue una especie animal o vegetal, no es solamente una terrible pérdida para el patrimonio de la humanidad. Además del desarraigo que pueda causar en los descendientes de esos últimos hablantes, cada lengua es crucial tanto para entender cómo funciona el lenguaje humano como para entender “la prehistoria humana y el mantenimiento de los diversos ecosistemas del mundo” (Unesco 2003: 3).

Cada lengua guarda la sabiduría de cada pueblo y si se pierde, no solo se pierden “palabras” sino todo el saber que estas encierran puesto que han sido creadas para transmitir un saber específico que solo puede interpretarse desde un entorno específico. En un reciente artículo sobre la relación entre medicina, plantas y lenguaje, Cámara-Leret y Bascompte (2021) mostraron que el conocimiento sobre los beneficios de ciertas plantas medicinales se encuentra íntimamente relacionado con su expresión lingüística en una lengua determinada. Es decir, la existencia de las plantas medicinales puede salir fuera de esa comunidad lingüística, pero el conocimiento sobre aspectos concretos de su uso y su beneficio están circunscritos a la transmisión de los mismos en esas lenguas en concreto. Estos autores, a través de estudio de las plantas medicinales en tres zonas conocidas por su diversidad ecológica y lingüística, América del Norte, noroeste de la Amazonia y Papúa Nueva Guinea, concluyen que el conocimiento sobre las especies botánicas está en peligro pero que su protección no reside exclusivamente en el amparo de estos especímenes. El primer paso para cuidar este conocimiento medicinal, de hecho, está en la propia documentación y protección de las lenguas en las que se expresa.

Este ejemplo de íntima simbiosis entre el lenguaje y la botánica ilustra muy bien la importancia del trabajo de campo y de cómo llevarlo a cabo. Cuando se hace trabajo de campo en lingüística, no solo se está investigando la morfosintaxis o la fonética de una lengua, sino también su significado y su uso por parte de sus hablantes; hablantes, por otra parte, que no están desconectados del lugar, la sociedad y la cultura en la que desarrollan sus vidas diarias. Como se verá a continuación, el trabajo de campo lleva

consigo esa “inmersión” *in situ* en el entorno de la lengua que se está investigando, es parte del ADN de este tipo de metodología lingüística; el tipo, el tiempo y la forma de “inmersión” se ajustarán a las necesidades de la investigación que se ha de llevar a cabo, pero, siempre ha de estar presente. En la siguiente sección se hace una revisión por el propio concepto de trabajo de campo, las diferentes perspectivas que hay sobre qué puede ser considerado el trabajo de campo y los elementos básicos de esta metodología.

2. ¿Qué es el trabajo de campo?

Uno de los pilares de cualquier estudio científico son los datos, es decir, los materiales sobre los cuales se construye y se sustenta una teoría sobre un determinado fenómeno. Da igual el área de conocimiento en la que se trabaje, lingüístico como en este artículo, o el objetivo final de la investigación, la documentación de una lengua desconocida o la descripción del funcionamiento de un rasgo sintáctico; hoy en día, cualquier método científico incluye una parte empírica, de manejo de datos, y una parte teórica, de manejo de hipótesis y explicaciones. Al fin y al cabo, son las dos caras de una misma moneda: la investigación científica.

Dentro de las posibles formas de las que disponemos para desarrollar una investigación se encuentra lo que se conoce como el **trabajo de campo**, es decir, la recogida sistemática de información sobre un determinado fenómeno *in situ* y de primera mano. Esta primera definición está descrita, a propósito, de manera muy general, ya que se puede aplicar a cualquier campo científico, ya sea la lingüística, la arqueología, la química o la biología, pero recoge dos aspectos fundamentales del trabajo de campo que se irán perfilando de forma más específica en las siguientes páginas. Por un lado, la investigación *in situ*. Es decir, el investigador o el equipo de investigadores es el que se desplaza de su lugar habitual de trabajo (su laboratorio, su oficina...) al sitio donde, de forma natural, se encuentra el fenómeno que se quiere estudiar. Este desplazamiento implica no solamente un desembolso económico importante (p. ej., viaje, estancia, materiales de investigación), sino también un esfuerzo personal ingente (p. ej., tiempo, adaptación). Por otro lado, la recogida sistemática de información sobre un fenómeno, es decir, el objetivo es recabar información de primera mano a través de diferentes técnicas previamente diseñadas y reflexionadas sobre un aspecto concreto. En otras palabras, antes de realizar una campaña, es necesario saber y tener previsto de antemano qué se va a investigar, por qué se va a investigar y cómo se va a llevar a cabo la investigación. Cualquier metodología científica lleva en su preparación estas tres preguntas, pero, en el caso del trabajo de campo, se vuelven aún más importantes porque, generalmente, las campañas se llevan a cabo en momentos puntuales y por un tiempo determinado, por lo que hay que estar preparado con antelación para cualquier incidencia. En otras palabras, el trabajo de campo no es coger una maleta e ir a la aventura a ver qué se encuentra, sino que requiere una preparación que a veces excede con creces las tareas propias de un investigador.

Como ya se ha mencionado, esta definición de trabajo de campo puede servir para cualquier área de conocimiento, pero en este artículo se va a centrar en el trabajo de campo relacionado con el lenguaje. Así que se van a perfilar en más detalle algunos de los aspectos que se han introducido en esta definición general del trabajo de campo: el sitio de investigación, el investigador y lo investigado.

2.1. El sitio de investigación

Se acaba de mencionar que uno de los requisitos del trabajo de campo es el desplazamiento por parte del investigador al lugar donde se produce de forma natural el fenómeno que se está investigando. En el caso del trabajo de campo en lingüística esto implica desplazarse al sitio donde se encuentran hablantes de una determinada variedad lingüística. Aunque parezca sencillo definir el trabajo de campo, existen diferentes opiniones entre los especialistas sobre lo que se puede considerar trabajo de campo debido a la localización de esas comunidades de hablantes. Posiblemente, una de las ideas románticas que se puede tener sobre el trabajo de campo es precisamente el del lingüista que viaja a lugares “exóticos” y remotos –léase todo aquello ajeno a lo occidental– a trabajar en una comunidad cuya variedad lingüística está aún sin describir científicamente. Por eso, si se hiciera un pequeño test sobre las fotos que se incluyen en la Figura 3 y se preguntara cuál de ellas corresponde al trabajo de campo, posiblemente se escogerían las de la Figura 3.a. en lugar de las de la Figura 3.b.



Figura 3.a. Isla Kaile’una
Islas Trobiand, Papúa Nueva Guinea

Figura 3.b. Ansó
Pirineo occidental, Aragón, España

Figura 3. Trabajo de campo diverso

Desde el punto de vista occidental, las imágenes de la Figura 3.a. pueden representar lo que se tiene en el imaginario colectivo con respecto al trabajo de campo: un lugar lejano donde la comunidad en la que se trabaja, sus costumbres, su comida y su ecosistema difieren radicalmente del mundo occidental y cuya lengua, normalmente en peligro de extinción, o al menos, amenazada, no ha sido descrita suficientemente o tiene alguna característica que la hace especial. Las fotos de la Figura 3.a., salvando los estereotipos que se acaban de describir, encajan con este tipo de contexto. Estas instantáneas son del lingüista Günter Senft, uno de los mayores especialistas en la lengua Kilivila. En las fotos se ve su lugar de trabajo de campo, la aldea Tauwema en la Isla Kaile’una (Islas Trobiand, Papúa Nueva Guinea), y una sesión con uno de sus colaboradores, Mokeilobu. Las fotos de la Figura 3.b. corresponden al trabajo de campo de mi grupo de investigación en la

villa de Ansó, en el Pirineo occidental aragonés, donde llevábamos a cabo una sesión sobre la expresión del movimiento en aragonés ansotano con la Sra. Pilar Mendiara. Ambos lugares de trabajo cumplen con la definición del trabajo de campo que se ha descrito más arriba y que suele asociarse a este tipo de metodología –o incluso, a esta rama de la lingüística– y que, en parte, tiene como objetivo principal la documentación y la descripción de una lengua de estas características. Sin embargo, hoy en día también se considera trabajo de campo el realizado en los entornos representados en la Figura 4.



Figura 4.a. Casa



Figura 4.b. Escuela



Figura 4.c. Museo

Figura 4. Trabajo de campo “urbano”

Estas imágenes no están tomadas ni en lugares remotos, ni sus investigadores han pasado una larga temporada buceando en una cultura diferente, ni tenían como objetivo documentar una lengua menos explorada. La Figura 4.a. corresponde a una sesión de elicitación de datos sobre gestualidad con dos hablantes de español en su casa en Zaragoza (Aragón). La Figura 4.b. muestra una instantánea de otra recogida de datos con niños bilingües euskara-español en la Ikastola Astileku (Portugalete, Bizkaia). Finalmente, la Figura 4.c. está tomada de un festival de divulgación científica en un museo de Utrecht (Países Bajos) donde los investigadores recogían datos basados en un juego de comunicación artificial (Dingemanse et al. 2014). Todas las imágenes de la Figura 4 representan trabajo de campo que, a veces, ha recibido, con mayor o menor aprecio, la etiqueta de “urbano” por realizarse en ciudades o en entornos industrializados. Para autores como Crowley (2007) o Hyman (2001), este tipo de investigación no sería precisamente trabajo de campo por no cumplir las premisas arriba mencionadas. Sin embargo, en estos casos, lo que es cierto también es que es el investigador, y no el informante, el que se desplaza al entorno natural donde se encuentran los informantes y el que se adapta a esa comunidad lingüística para cumplir con las tareas que necesitan ser llevadas a cabo. Al igual que en las otras situaciones de la Figura 3, en este trabajo de campo urbano y “cercano” –denominado así por ser el entorno que más se puede asemejar al del investigador o el que no requiere un desplazamiento a otro continente o región– también surge una colaboración entre el investigador y la comunidad lingüística y es, a raíz de esa colaboración y en ese contexto, donde se recoge y se analizan los datos lingüísticos. Meakins et al. (2018) mencionan que este tipo de trabajo de campo urbano suelen llevarlo a cabo investigadores que no tienen los medios para desplazarse o que quieren investigar lenguas de herencia; sin embargo, esto no es así necesariamente; todo depende del objetivo del estudio y del tipo de informantes (lengua, variedad, edad, contexto...) que se necesite. Por ello, la investigación que se realiza en una comunidad lingüística cercana y urbana también se ha de considerar trabajo de campo. Chelliah y de Reuse (2011), proponen, de hecho, la distinción entre los términos de “lingüista en inmersión” y “lingüista de entrevista” para distinguir, pero, al mismo tiempo, incluir todo tipo de trabajo de campo. El primer término describiría al investigador de campo prototípico, el que pasa largas temporadas en convivencia con la comunidad lingüística,

generalmente, no urbana y remota, y se integra en el día a día de su comunidad. El segundo sería el investigador que mantiene una relación más superficial y corta, que se circunscribe a las interacciones para las sesiones de trabajo con los integrantes de la comunidad. Como bien señalan Chelliah y de Reuse (2011: 7-9), cada tipo tiene su propia caracterización, sus pros y contras y, en muchos casos, la calidad de trabajo no depende del tipo de trabajo de campo en sí mismo, sino la efectividad con la que se diseña y se lleva a cabo (véase sección 3). A fin de cuentas, para realizar cualquier tipo de trabajo de campo, sea urbano, de inmersión, remoto o de entrevista, es indispensable cumplir con los mismos requisitos y los mismos pasos que se describen en las siguientes secciones. Eso sí, habrá que adaptarlos a las características y a las necesidades específicas de cada investigación. En este artículo se va a adoptar una visión comprensiva del trabajo de campo, de ahí que se incluyan ejemplos procedentes de diversas tipologías, siempre y cuando, los datos recopilados no procedan de la introspección (de la intuición del propio lingüista como hablante nativo) e incluyan la interacción con los miembros de la comunidad en sus entornos naturales.

2.2. El investigador y “lo investigado”

El **investigador** o lingüista, puesto que en este artículo nos estamos refiriendo a la labor de este tipo de científico, es aquella “persona” que lleva a cabo el trabajo de campo; es decir, que se encarga de preparar la campaña (véase sección 3.1.), de llevar a cabo la recogida y el análisis de los datos y de estar en colaboración con la comunidad lingüística. La palabra “persona” está entrecomillada a propósito, puesto que, en la mayoría de las situaciones, el trabajo de campo es un trabajo en equipo. No solo porque organizar una campaña de trabajo conlleva la movilización de diferentes agentes, lo que requiere colaborar con otros colegas de profesión para preparar materiales, conocer información sobre la lengua, etc., sino también porque, en muchas ocasiones, para poder interpretar bien los datos, se necesita la colaboración de otros profesionales (antropólogos, sociólogos, historiadores, filólogos...) así como la mediación de especialistas dentro de la propia comunidad. En este sentido, se suelen distinguir tres tipos de “lingüista”, lo que puede ser útil para darse cuenta de que el trabajo de campo es accesible a cualquier investigador, pero que conlleva la existencia de ciertas ventajas y desventajas, así como diferentes grados de adaptación y de riesgo de incurrir en lo que Labov (1972) denominaba la “paradoja del observador”, es decir, el efecto o la influencia que puede tener la presencia del investigador en el comportamiento y la producción lingüística de sus informantes (véanse Dwyer 2006; Meakins et al. 2018).

El primer tipo es el lingüista “interno” (*insider*). Este es el profesional que pertenece a la comunidad lingüística en la que se realiza la investigación; y, por lo tanto, no solamente ya conoce la situación y el contexto lingüístico, sino que además tiene la ventaja de hablar la lengua y tener acceso a la comunidad. Normalmente, suele estar más implicado en el proceso ya que es su propia comunidad la que se está estudiando, aunque, al formar parte de la comunidad, el investigador puede llegar a alienarse del resto, esto es, sus propios paisanos pueden considerarle externo a su propio grupo. El segundo tipo es el lingüista “externo” (*outsider*); el profesional que viene de un contexto lingüístico diferente y que puede abarcar desde casos en los que ha de aprender la lengua (p. ej., cuando un investigador europeo, hablante de alemán, aprende e investiga kilivila, una lengua austronésica de Papúa Nueva Guinea), hasta casos en los que, aun conociéndola, procede de un entorno diferente (ciudad-campo). Este tipo de lingüista tiene la desventaja obvia

de tener que hacerse camino en una comunidad que no es la suya, en la que siempre puede ser el “outsider”. Sin embargo, una vez superado el periodo de adaptación, puede tener la ventaja de estar en una posición idónea para ser más receptivo a las singularidades de la lengua en la que trabaja, para poder influir positivamente en el empoderamiento de la comunidad lingüística (“alguien de fuera se interesa por nosotros”) y para poder atraer el interés de fuera de la comunidad sobre ella misma (divulgación, subvenciones, etc.). El tercer tipo, el lingüista “interno-externo” (*insider-outsider*), hace referencia al profesional que, sin ser de la misma comunidad lingüística, procede de un contexto similar (social, cultural, lingüístico, etc.), por lo que puede ser más sensible a ciertos aspectos relacionados con la lengua y la comunidad lingüística (p. ej., un hablante de lengua minoritaria, como el euskara, aprende e investiga aragonés, otra lengua minoritaria).

A pesar de estas diferencias, cualquier investigador de campo que vaya a estudiar una comunidad lingüística, la suya, una ajena o una similar, ha de cumplir, o al menos ha de tener presente, que el trabajo de campo es siempre “**en colaboración**” con la comunidad lingüística, por lo que debe tener claro **qué va a dar, qué va a recibir y cómo lo va a usar** (véase Austin y Sallabank 2011). Generalmente el lingüista de campo suele ser consciente de que siempre, en mayor o menor medida, ha de encontrar formas para apoyar a esa comunidad lingüística a través de su investigación y su presencia (Evans 2008). Estas formas son múltiples: desde incluir una nota de agradecimiento a su comunidad en las publicaciones científicas o enviarles copias de estos trabajos científicos, hasta divulgar sobre sus resultados de investigación en cualquier foro no profesional y transferir sus conocimientos en acciones concretas dentro de la propia comunidad.

Además, quizás de manera aún más crucial, el lingüista ha de mostrar **respeto** por la comunidad en la que convive, por sus deseos y por sus costumbres. Ha de ser consciente, por ejemplo, de que quizás no estén de acuerdo con ser fotografiados, con responder a ciertas preguntas o con llevar a cabo ciertas tareas. Ha de comprometerse con los acuerdos de uso y disfrute de los datos a los que ha llegado con la comunidad (véase sección 3.1.1.2.1.). Ha de integrarse en la comunidad, no solo porque esta le está ofreciendo uno de sus mayores tesoros, su lengua; sino porque para entenderla va a necesitar hacerse con toda la cosmovisión en la que se incardina esa lengua y sus hablantes. Esa “integración”, como se ilustra en la Figura 5, puede pasar por tener que tirarse por el suelo, jugar con muñecos, pintarse la cara, participar en las actividades programadas en un colegio, hasta por establecer una tradición cada vez que se está en el campo como, por ejemplo, organizar e invitar a una comida a todos los miembros de la comunidad con los que se ha convivido o también aprender a preparar la comida típica de dicha comunidad e iniciarse en sus rituales propios.

En la Figura 5, se ilustran estos tres tipos de “integraciones” de distinto cariz. La Figura 5.a. muestra una fiesta infantil (celebración de una final del equipo de fútbol local) en la Ikastola Astileku (Portugalete, Bizkaia) donde la investigadora pasó de recoger datos con niños bilingües euskara-castellano, a hacer las veces de “fotógrafa-reportera” de una fiesta escolar. La Figura 5.b. recoge la comida en un restaurante de Felipe Carrillo Puerto (Yucatán, México) con la que el lingüista Juergen Bohne Meyer, especialista en maya yucateco, agasaja y despide a sus colaboradores al final de su temporada de trabajo de campo en Yaxley. La Figura 5.c. muestra a la lingüista Vera da Silva-Sinha, especialista en lenguas tupi-guaraní (hatxa kuñ, awetý, kamaiurá), con la pintura corporal ceremonial y preparando la comida tradicional *beiju* de estas comunidades de la reserva Xingú en Brasil.



Figura 5.a. Celebrando fiestas (arriba izquierda) Figura 5.c. Pinturas y comidas
Figura 5.b. Festines de despedida (abajo izquierda) y festines tradicionales (centro, derecha)
Figura 5. Las “otras tareas” del investigador en el trabajo de campo

Otro ingrediente fundamental de cualquier lingüista de campo es la **empatía** lingüística, es decir, “la capacidad de identificarse con alguien y compartir sus sentimientos y comprobar que lo raro, lo malo y lo gracioso en las lenguas es una cuestión de perspectiva” (Ibarretxe-Antuñano 2020: 72). En otras palabras, un lingüista (en realidad, cualquier persona) jamás debería pensar que la lengua o la variedad de otra persona está mal, debería de buscar por qué se usa y a qué fenómeno lingüístico corresponde. Un lingüista nunca debería atosigar ni forzar la respuesta que necesita para corroborar su hipótesis, ni tampoco debería proyectar su perspectiva o su intuición lingüística para corregir la interpretación del dato lingüístico que su informante le está ofreciendo. A veces, aunque se esté trabajando con lenguas/culturas parecidas, no se debe dar por hecho que sus estructuras y sus interpretaciones han de ser también parecidas. Por mencionar una idea análoga que puede ilustrar este error, es pensar en los “falsos amigos” que estudiamos cuando aprendemos una segunda lengua: superficialmente iguales, pero profundamente diferentes.

Ahora bien, junto a esta empatía, es necesario mantener un equilibrio justo entre el interés científico genuino por una lengua diferente, con características “sorprendentes”, y el peligro de que la “sorpresa gozosa” se convierta en una actitud paternalista por la cual se pase a tratar, aunque sea de forma inconsciente, a la comunidad lingüística y a su lengua como piezas de museo, en vez de como lenguas vivas, modernas y adaptadas para la comunicación de cualquier aspecto del mundo.

Por último, aunque solo por el orden de discusión de este artículo, es necesario comentar más en detalle el concepto de **comunidad lingüística**. En este trabajo, este término ha aparecido ya en numerosas ocasiones. Se ha utilizado para hacer referencia de forma global y comprensiva al grupo de individuos que integran una “unidad” que comparte una misma lengua o variedad y un mismo entorno sociocultural. De nuevo, esta definición es amplia y genérica a propósito; ha de cubrir todas las comunidades lingüísticas en las que se puede llevar a cabo una campaña de recogida de datos. Es decir, desde una

comunidad como los trobriandeses o los awetý, hasta un grupo de hablantes seleccionados por una franja de edad, un nivel de formación, una variedad lingüística, entre otros.

Además de considerar la comunidad lingüística como un todo en el que el investigador ha de integrarse, las relaciones que se establecen con los miembros de estas comunidades pueden ser de diferentes tipos; lo que también hace que existan, en la bibliografía especializada, diferentes formas de referirse a los integrantes de estas comunidades como, por ejemplo, como “colaboradores”, “informantes”, “participantes”, “hablantes”, entre otras. Cada uno de estos términos lleva consigo una carga de significado adicional: “colaborador” incide en que el trabajo de campo es tanto del investigador como de la comunidad lingüística que participa y comparte su saber; “informante” puede resultar más neutra, pero posiciona a la comunidad como un ente pasivo que se limita a transmitir información; “participante” es aún más aséptica y hace referencia a que dicha persona toma parte en una tarea, por lo que esta denominación incluye también a los que participan en tareas de laboratorios, es decir, fuera de esos entornos naturales. Finalmente, “hablante” se suele usar cuando se hace referencia al hecho de que esta persona tiene competencias lingüísticas en la lengua de estudio, aunque, como se describe a continuación, no hay que olvidar que se suelen distinguir diferentes tipos de hablantes y que formar parte del trabajo de campo de un investigador implica posiblemente mucho más que el ser capaz de comunicarse en una lengua. En definitiva, todos estos términos se usan, a veces, de forma indistinta, pero hay que conocer las diferencias que se pueden hacer en relación a los individuos que integran una comunidad lingüística y su papel en la investigación.

Así, para empezar, se puede hacer una distinción práctica –y gradual– entre el tipo de involucramiento que puede tener alguno de los miembros de la comunidad lingüística con el investigador. Como se explicará en detalle en la sección 3.3.1., muchas veces el acceso para llevar a cabo el trabajo de campo puede mediar a través de un miembro de la comunidad. En algunas ocasiones, esta persona puede ser ya un lingüista interno, es decir, alguien de la propia comunidad que, además de hablante, haya realizado investigaciones al respecto. Por ejemplo, en la Figura 8.e., se muestra una sesión de trabajo en la que participa la investigadora, Vera da Silva-Sinha (mujer a la izquierda), y el lingüista interno, Wary Kamaiurá Sabino (hombre en el centro como camiseta azul). En otras ocasiones, esta persona puede no ser especialista, pero ser capaz de: (i) comunicarse en diferentes lenguas, por ejemplo, la lengua de estudio y otra *lingua franca* de comunicación (no olvidemos que en el trabajo de campo en muchas ocasiones el investigador puede tener unas competencias lingüísticas restringidas en la lengua que estudia), (ii) tener y/o desarrollar “aptitudes” para el trabajo lingüístico, desde llevar a cabo aspectos prácticos, como transcribir los datos, hasta conceptuales, como explicar estructuras y significados, que son cruciales para un desarrollo óptimo de la investigación, y (iii) estar dispuesto a colaborar estrechamente (y pacientemente) con el investigador. Por ejemplo, la Figura 3.a. muestra al lingüista Günter Senft y su colaborador Mokeilobu transcribiendo datos en kilivila. A este tipo de colaborador se le suelen otorgar diferentes nombres según los especialistas: “profesor de lengua”, “asistente de campo” o “ayudante lingüístico” (Crowley 2007: 86). Finalmente, se podría incluir como otro tipo de involucramiento el del grupo de hablantes que toman parte en las tareas propias de elicitación del investigador, pero que no toman parte ni en la mediación con la comunidad ni en las tareas de transcripción o análisis lingüísticos (véase Figura 4).

Otro aspecto que también hay que tener en cuenta con respecto a estos colaboradores es que, según el objeto de estudio y, en muchas ocasiones, según su disponibilidad y el grado de vitalidad de la lengua, el informante puede tener diferentes tipos de contacto o de relación con su lengua. Meakins et al. (2018: 11) distinguen entre tres tipos: “hablante nativo”, el que desde el nacimiento está expuesto y utiliza la lengua en todos los contextos de uso de forma habitual; (ii) “hablante semi-nativo”, el que estuvo expuesto a la lengua desde el nacimiento, pero, por diversos motivos, no la utiliza o no es competente en todos los ámbitos de uso y (iii) “hablante *rememberer*”, el que tienen un conocimiento pasivo de la lengua, pero no la habla. Por razones obvias, a no ser que se haga un estudio específico (p. ej., segundas lenguas, lenguas de herencia, etc.), el candidato óptimo es el primero, aunque no siempre se tiene la suerte de contar con informantes de este tipo. En cualquier caso, como se explica en detalle en la sección 3.1., en todo trabajo de campo se recoge y especifica la información psico-socio-lingüística completa de cada uno de los participantes en las tareas de elicitación (véase cuestionario biográfico de la Figura 7).

3. ¿En qué consiste el trabajo de campo?

Como se ha introducido en la sección anterior, en este artículo, la visión del trabajo de campo es amplia, ya que abarca cualquier tipo de situación en la que se colabore con hablantes de la comunidad lingüística en su entorno natural, al margen del tipo de lengua/variedad o del tipo de campaña que se vaya a realizar (véase Chelliah y de Reuse (2011: 10-24) para una caracterización crítica e informada de diferentes aproximaciones al trabajo de campo). Por eso, independientemente de las particularidades de cada investigación, existen unas bases y fases comunes a cualquier tipo de trabajo de campo que se van a describir a continuación. Dadas las restricciones de este tipo de publicación, solo hay espacio para ofrecer algunas indicaciones a modo de mini-guía para poner en situación al lector interesado en esta metodología; quienes quieran más detalles o información actualizada sobre dichos aspectos pueden consultar obras generales de referencia, así como los recursos que se recopilan en la sección 5.

3.1. Mini-guía básica para el trabajo de campo: el antes, el mientras y el después de la campaña

Como cualquier otra metodología de investigación, el trabajo de campo se puede organizar alrededor de tres fases consecutivas principales que van desde los preparativos iniciales, siguen con la recogida de datos y terminan con la producción derivada de ese análisis y trabajo. Quizás la nota distintiva en el trabajo de campo es que todo se organiza alrededor del momento estrella: la campaña de recogida de datos. En esta sección, se caracterizará cada una de estas fases. Es importante tener en cuenta que cada investigador tiene su propio “manual de campo” y que, dependiendo de las variables que ya se han comentado en las secciones anteriores, algunos de los pasos, requisitos o materiales puede que no se apliquen a todos los tipos de campañas que se pueden realizar. No obstante, a continuación, se describen los detalles esenciales de cada fase basados en la experiencia personal y profesional de la que escribe y que ha sido aprendida a través de colaboraciones con diversos equipos de investigación especializados en este tipo de metodología. Esta perspectiva hace que todos los elementos que se incluyen estén constatados, es decir, se describan desde la experiencia, pero, también, hace que, por ejemplo, a la hora de

ilustrarlos falte (o sobre) algún matiz. Por ello, el lector ha de tener en cuenta que existen otras posibilidades y que lo que se muestra, a continuación, son solo algunos posibles ejemplos. En cualquier caso, los elementos que se describen en esta sección son los primordiales, los que no se pueden olvidar y los que marcan la diferencia entre un simple “tomar a un hablante y pasarle un cuestionario” y un articulado proceso de elicitación en el campo.

3.1.1. Fase 1: la pre-campaña o antes de iniciar la investigación *in situ*

En esta fase se incluyen todos los elementos que han de tenerse en cuenta antes de iniciar el viaje al lugar de la investigación. Posiblemente sea el más costoso en todos los sentidos puesto que se ha de preparar la investigación (qué y cómo se va a investigar), todo el equipo (físico e inmaterial) para poder llevarla a cabo en el campo y la logística de la propia campaña (desplazamiento, estancias, permisos...). El trabajo de campo requiere que el investigador prepare hasta el último detalle de la campaña para que así pueda solucionar cualquier tipo de imprevisto que pueda surgirle mientras lleva a cabo su investigación. Esta preparación no es ajena a otras metodologías de investigación, especialmente a aquellas en las que se depende de la participación y el reclutamiento de personas (por ejemplo, tareas de laboratorio), pero quizás en el trabajo de campo sea aún más crucial puesto que el investigador se desplaza al sitio de investigación, muchas veces alejado del lugar de origen y, además, durante un tiempo significativo y sin los medios necesarios al alcance de la mano como en un laboratorio. Todo esto implica no solamente tiempo y dinero, sino también una gran responsabilidad, ya que el investigador tiene solamente una oportunidad para llevar a cabo esa investigación. Si la pierde, es posible que tenga que esperar a la siguiente campaña o, incluso, que no pueda volver a repetirse. En cualquier caso, si se da, no volverá a hacerlo en las mismas circunstancias. Por ello, esta primera fase es larga y costosa, pero muy necesaria.

3.1.1.1. Decidir la investigación: el qué, el cómo y el porqué de una campaña

El primer paso para preparar una campaña es tener claro qué comunidad lingüística se va a investigar y por qué. Esta decisión se puede tomar por diversos motivos: porque esa variedad no está suficientemente descrita, porque esa lengua tiene un rasgo lingüístico que es crucial para testar alguna hipótesis, etc. Tradicionalmente, se suele distinguir entre dos tipos de perspectivas: la de la **documentación de la lengua**, donde se quiere documentar las prácticas y tradiciones lingüísticas de una comunidad lingüística (Himmelman 1998; Gippert et al. 2006), y la de la **descripción lingüística**, donde se quiere describir las bases de una lengua a partir de textos, o lo que se conoce como la llamada trilogía boasiana: la gramática, el vocabulario y los textos (Epps et al. 2017). En la práctica, ambas perspectivas son complementarias y necesarias; además, en ocasiones el grado de aplicación de una u otra depende de la propia lengua y el objetivo de estudio concreto que se tenga. De cualquier forma, lo que es importante recordar es que, generalmente, cuando se va al campo, se aprovecha la estancia al máximo. Es decir, aunque el objetivo primordial sea la obtención de datos para constatar un fenómeno lingüístico concreto a través de un test específico, sería recomendable ir más allá y recoger información de uso general. Es decir, se puede investigar diferentes aspectos fonético-fonológicos, morfo-sintácticos y semántico-pragmáticos, pero siempre informados desde la recopilación de un “corpus” que, como señalan Meakins et al. (2018: 9), ha de incluir

textos discursivos de diferente tipología (narraciones, elicitaciones, conversaciones, diálogos, anotaciones, definiciones...) así como textos de géneros menos convencionales como los musicales o los artísticos, que pueden mostrar el alcance intertextual y peso cultural de ciertas características lingüísticas de una comunidad (Barwick 2012). De hecho, ese corpus deberá ser multimodal para poder así llevar a cabo un análisis comprensivo de esa lengua o fenómeno lingüístico no solo en su forma oral sino gestual (Seyfeddinipur 2012).

Sea documentación o descripción, lo primero que tiene que hacer el investigador en esta fase previa a la campaña es **recopilar** toda la información posible tanto de la lengua² que va a estudiar (descripción general y explicación de fenómenos lingüísticos específicos) como de la comunidad lingüística en la que va a trabajar. Esta información debe ser extraída no solamente de fuentes bibliográficas, sino también a través del contacto con otros investigadores que hayan trabajado ya en esa comunidad lingüística. A veces puede haber una tendencia (errónea completamente) de que el estudio de una lengua o variedad o de un aspecto lingüístico concreto es “propiedad” de un investigador. Nada más lejos de la realidad. Además de que las lenguas no son de un investigador, el trabajo de campo es necesariamente colaborativo: se necesita trabajar en conjunto con otras personas para la recogida de datos, pero igualmente se necesita contar con el apoyo y el saber de otros investigadores, no solo para los aspectos propiamente lingüísticos, sino también porque pueden ayudar a entender e informar de cómo hay que actuar para integrarse en esa comunidad lingüística. Este aspecto es importante: no se puede ir al campo sin más, aunque sea a unos kilómetros del lugar de trabajo, porque el estudio de una lengua no solamente es la descripción de su estructura lingüística, o el saber, a través de un informante, si se dice (a) o (b) en una variedad; sino que es el estudio de toda una cosmovisión del mundo a través de la experiencia de otras personas. Por este motivo, si se quiere acceder a una comunidad lingüística es necesario conocerla al máximo.

Unida a esta fase de recopilación de información, el siguiente paso es **contactar** con la comunidad lingüística. Esta es posiblemente una de las partes más complicadas para los lingüistas externos puesto que en muchos casos no se tiene acceso directo a la comunidad. Generalmente el contacto se puede establecer de varias maneras: (i) a través de otros investigadores que ya han estado o tienen contacto con esa comunidad o con alguna otra cercana; (ii) a través de centros sociales, asociaciones culturales, órganos administrativos..., es decir, a través de agentes dentro de la propia comunidad que puedan tener interés en su lengua y, al mismo tiempo, tengan acceso a posibles informantes y, finalmente, (iii) a través de lo que aquí se va a llamar “aventura y paciencia”, esto es, conseguir acercarse a la comunidad lingüística, sin previo contacto, e integrarse de forma pausada. Este último método recuerda mucho a algunos de los investigadores pioneros en la exploración de otras lenguas y culturas como, por ejemplo, Franz Boas en Norteamérica, pero también a otros más cercanos que, como Jean-Joseph Saroïhandy, acudían al Pirineo desde otras partes de Europa para estudiar lenguas como el euskara, el aragonés, el occitano o el catalán, o ya en épocas más recientes a Josefa Canellas y su investigación sobre el asturiano. Es una forma complicada y, además, poco recomendada como única forma de acercamiento, pero que inevitablemente va a estar presente en el trabajo de campo, puesto que, en diferentes grados, el investigador de campo ha de estar siempre abierto a nuevas posibilidades (a conocer otros informantes, otras comunidades...) y a tener estoicismo para colaborar con cualquier comunidad lingüística.

3.1.1.2. El equipo necesario para la campaña

Otro paso clave en esta primera fase, además de la preparación de la propia **logística** de la estancia (viaje, alojamiento, documentación (visados, vacunas, etc.)), es la preparación del equipo que se va a llevar al sitio de trabajo. Bajo esta etiqueta genérica de equipo, se va a incluir aquí el **equipo físico**, es decir, equipamiento, materiales de grabación y materiales de elicitación, así como el **equipo inmaterial**, esto es, los permisos y las autorizaciones correspondientes. Aunque el tipo de equipo va a depender de la campaña y ha de adaptarse a las condiciones de sitio en el que se vaya a realizar (temperatura, electricidad, etc.), por regla general, siempre que se pueda, se llevará más material “por si acaso” (p. ej., más tarjetas de memoria, más cargadores, más copias) y “todo listo” (p. ej., fotocopias o materiales impresos). Esto siempre tiene que ser así, aunque pueda darse el caso de tener acceso a estos elementos en el sitio de campaña.

3.1.1.2.1. Equipo inmaterial

No hay que olvidar lo que ya se ha mencionado en estas páginas sobre la improvisación en el trabajo de campo. Es importante tener recursos para poder salir al paso de situaciones sobrevenidas o para complementar lo que ya se tiene organizado (p. ej., buscar nuevos informantes para sustituir otros), pero todo trabajo de campo requiere una preparación minuciosa que a veces lleva meses conseguir. Como, por ejemplo, ocurre cuando el investigador tiene que pedir **autorizaciones** para poder llevar a cabo la investigación. Estas autorizaciones a veces se necesitan para trabajar con una comunidad lingüística (p. ej., en lugares protegidos de comunidades indígenas es necesario pedir permisos a las autoridades competentes), pero también se piden a las propias instituciones de investigación para certificar que la investigación que se llevará a cabo cumple con todas las normas de seguridad y protección. Generalmente, estos centros de investigación tienen su propio “Comité de ética de la investigación” que es quien, previo informe sobre los objetivos y las características de la campaña, aprobará la investigación (y la aplicación y el disfrute de los fondos para llevarla a cabo en la mayoría de los casos).

Además, ya con vistas a la propia colaboración con la comunidad lingüística, el investigador ha de preparar con antelación los documentos de información, autorización y **consentimiento informado** de las sesiones de trabajo para que sean firmadas por los propios individuos de la comunidad que tomen parte en la investigación. La finalidad de estos documentos es múltiple. Por un lado, informan al participante de los objetivos y del tipo de investigación que se va a llevar a cabo, qué se espera de su colaboración y cuáles son las condiciones (p. ej., si recibe una compensación (monetaria o de otra índole) por su participación). Esta explicación ha de redactarse de forma clara y adaptada al informante, es decir, de manera que no se requiera un conocimiento especializado para comprenderla, y generalmente se da a leer o se comunica en voz alta, para que después el informante pase a firmarla. Por otro lado, estos documentos piden explícitamente el consentimiento del informante para que autorice a los investigadores a utilizar estos datos (audio-visuales) para unos fines, en una forma y en unos foros concretos (p. ej., imagen y sonido para investigación y docencia en cursos y congresos). En la Figura 6, se muestran dos ejemplos de autorizaciones.

Figura 6.a. Proyecto MovEs

Figura 6.b. Consorcio EoSS

Figura 6. Autorizaciones y consentimientos de informantes

En la Figura 6.a. se muestra el formulario de consentimiento perteneciente al proyecto MovEs de la Universidad de Zaragoza para una investigación con menores, por lo que se requería la autorización de un tutor. En la Figura 6.b. se muestra otro consentimiento, esta vez de adulto, perteneciente al consorcio de investigación Evolution of Semantic Systems (EoSS) del Max Planck Institute for Psycholinguistics de Países Bajos.

3.1.1.2.2. Equipo físico

Dentro de esta categoría, se va a incluir el equipamiento técnico necesario para poder preparar y documentar las sesiones de trabajo, así como todos los materiales de investigación y elicitación necesarios para llevarlas a cabo.

Con respecto al **equipamiento técnico**, aunque, hoy en día, llevar un dispositivo de grabación digital como, por ejemplo, un móvil, está ya casi al alcance de todos, puede ser más cómodo para la recogida de datos y puede sacarnos del paso en cualquier situación, el trabajo de campo requiere de un equipamiento algo más sofisticado. La razón está clara: el trabajo de campo no se puede tomar solo como un medio para conseguir un beneficio personal, sino para cumplir con unos objetivos de investigación concretos, para los cuales una calidad de grabación específica o el hecho de grabar también la imagen no son irrelevantes. El trabajo de campo es una inversión a largo plazo que puede ser útil para otros investigadores (interesados en otros fenómenos lingüísticos que puedan requerir un buen sonido y una buena imagen) y, desde luego, para la propia comunidad lingüística con la que se está colaborando (creación de materiales didácticos, exposiciones y documentación de la lengua, etc.). A fin de cuentas, el investigador está documentando uno de los patrimonios inmateriales más importantes de la humanidad, sus lenguas y, por lo tanto, es importante que lo haga en las mejores condiciones posibles y con vistas a que sea un legado a posteriori para la humanidad.

Aquí, además de no disponer de espacio para hacer recomendaciones específicas sobre este tipo de equipamiento, entra en juego el hecho de que estos aparatos están en continuo desarrollo. Tampoco se puede obviar que según el sitio de investigación (condiciones atmosféricas, acceso a energía, etc.) habrá que ajustar más o menos el equipo. Aunque las necesidades no son las mismas cuando se trabaja en mitad del Amazonas, de Siberia, o

del Pirineo, como se describe a continuación, los cables, los cargadores, las baterías (incluidas las solares) y las tarjetas de memorias de repuesto nunca sobran ni están de más, aunque haya enchufes, conexión wifi y se tenga un almacenaje en la nube ilimitado. De igual manera, lo que se va a grabar también importa: no es igual una sesión con hablantes de lenguas orales que de lenguas de signos o una en la que las tareas estén dirigidas al estudio de la gestualidad (Seyfeddinipur 2012). En este sentido, aunque las grabaciones suelen estar dirigidas a la obtención de datos, es importante documentar fotográficamente la campaña: la sesión, los informantes (si dan permiso), el sitio de investigación, las costumbres, etc. No hay que olvidar que el trabajo de campo es una metodología colaborativa y que este tipo de documentación de campaña no solo puede ser importante para ilustrar la propia investigación científica (como se ha hecho en este artículo con las imágenes reales que aparecen) sino servir para la propia comunidad lingüística.

Así que, a continuación, más que precisar un tipo de aparato específico, se va a proporcionar una lista de equipamiento que, a ser posible, no debería faltar. Este equipamiento se suele escoger por su robustez, durabilidad (baterías), capacidad de almacenaje y compatibilidad de sistemas. Es también importante no olvidar que todo equipo requiere un desembolso económico importante y que no siempre lo más caro es necesariamente lo mejor; equipos menos sofisticados pueden ser igualmente válidos, solo hay que saber sacarles provecho. En definitiva, el equipamiento sería el siguiente:

- ordenador y complementos (ratón, cables, baterías): además de ser el medio de trabajo del investigador, se suele usar también para el desarrollo de tareas. Es importante tener cargadores de emergencia (especialmente en zonas donde no se dispone de electricidad en el sitio de trabajo).
- equipo de grabación (por orden de preferencia): cámara de video con complementos (formato .avi/.avchd, conectable micro externo y auriculares; trípode, cargador, baterías (2), bolsa/maleta de viaje, cables de conexión); grabadora de audio (mínimo 24bit/96kHz/estéreo/formato .wav; cables, batería); cámara de fotos (cargador, batería, cables de conexión).
- equipo de sonido: micrófono externo, paravientos y auriculares. Aunque los dispositivos de grabación tienen una calidad excelente tanto para conseguir una grabación óptima como para escucharla, es recomendable el uso de estos aparatos.
- equipo de almacenaje: disco duro externo, lápices y tarjetas de memoria (velocidad, compatibilidad y capacidad). Aunque estamos acostumbrados a guardar nuestros documentos en la nube, esta no está disponible ni en todas partes ni en todo momento, por eso es necesario tener este tipo de equipamiento siempre, tanto para guardar las sesiones de trabajo como para guardar los materiales de elicitación, autorización y toda la documentación relativa a la investigación y a la campaña.
- equipo complementario: adaptadores y ladrones de corriente, estación puertos USB, cargadores (USB) y cables de conexión. Este tipo de equipo es portátil y necesario para poder conectar varios dispositivos tanto para la carga de energía como para la elicitación y el acceso a los datos. Si fuera necesario, un equipo de carga solar es también recomendable. Esta última lista está abierta para cubrir cualquier condición de campaña; es decir, que, además de estos recursos, otros

Departamento de Language & Cognition del Max Planck Institute for Psycholinguists de Nijmegen, Países Bajos, donde se puede acceder a los manuales y materiales de elicitación de este grupo desde 1992 a 2010, para comprobar cómo se desarrollan este tipo de protocolos. El sitio web, Herramientas para la lingüística de campo [<https://www.eva.mpg.de/lingua/tools-at-lingboard/tools.php>] del Departamento de Lingüística del Max Planck Institute for Evolutionary Anthropology de Leipzig es también un buen recurso para encontrar materiales de elicitación e información fundamental para desarrollar el trabajo de campo.

3.1.2. Fase 2: el momento clave o durante la investigación *in situ*

Esta fase corresponde al momento álgido del trabajo de campo: cuando se llega al sitio de investigación y uno se prepara para iniciar la campaña de recogida de datos. Quizás, antes de explicar los pasos a seguir durante la campaña, sea necesario mencionar ciertos aspectos (consejos, indicaciones), menos científicos y más emocionales, de los que el investigador ha de ser consciente: (i) se ha de estar preparado para cualquier eventualidad, (ii) la paciencia y la positividad son fundamentales, (iii) los planes a veces no salen como uno ha planeado cuidadosamente, pero (iv) lo inesperado es a veces mejor que lo esperado.

Una vez armados de estas indicaciones generales, es momento para desgranar algunos elementos básicos del momento de recogida de datos. Algunos de estos elementos y su duración van a depender del tipo de trabajo de campo que se vaya a realizar. Por ejemplo, si se va a estar poco tiempo y se conoce de antemano a la comunidad lingüística, los preliminares de la sesión de trabajo, siempre obligatorios, pueden ejecutarse más rápido que si se está durante una larga temporada en dicha comunidad o es la primera vez que se colabora con esos informantes. En estos últimos casos, será necesario más tiempo de adaptación y aclimatación por parte de sendas partes: el investigador y la comunidad lingüística. En cualquier caso, y suponiendo que ambas partes están listas, las sesiones de trabajo podrían describirse de la siguiente manera.

3.1.2.1. Preliminares básicos

Una vez en el sitio de investigación ha de buscarse el lugar o el **espacio de trabajo** que se va a usar para las sesiones. En la Figura 8 hay varias instantáneas de diferentes espacios de trabajo en cinco zonas del mundo diferentes clasificadas en dos grupos según la perspectiva de la que suscribe este artículo: (i) zonas lejanas, como Ghana (a), Papúa Nueva Guinea (c), Brasil (e), México (f) y (ii) zonas cercanas, como Bizkaia (b) y Navarra (d).



Figura 8. Espacios de trabajo por el mundo

Desde luego va a depender mucho de dónde se esté o de la disponibilidad, pero, como norma general, es importante encontrar un lugar donde se puedan disponer adecuadamente el equipo de grabación (sonido, luz, encuadre...) y los utensilios que se necesiten para las tareas y, especialmente, donde el informante se encuentre a gusto y, de alguna manera, casi llegue a olvidarse de que está siendo “entrevistado” (si se está haciendo alguna tarea en concreto) u “observado” (si se está recogiendo material naturalístico, es decir, al natural, sin, apenas o ninguna, indicación o tarea específica). Asimismo, es muy conveniente mantener lo que se suele llamar un **diario de campo** que sirve para anotar todos los detalles de las sesiones de trabajo (fecha, hora, lugar, informante, tarea...) y cualquier incidencia o dato importante que surja durante la sesión. Estos diarios de campo suelen dar lugar, junto a las anotaciones y los análisis preliminares, a las conocidas como “notas de campo”.

Una vez se tiene todo dispuesto para iniciar la sesión de trabajo, se suele comenzar con un **preámbulo** para preparar al informante. Estos momentos sirven para al menos dos objetivos: (i) hacer que la situación se convierta en lo más natural posible (es decir, “romper el hielo” y que el informante se relaje, se olvide de la grabación) y (ii) llevar a cabo las explicaciones pertinentes. En este sentido, dependiendo del tiempo de campaña, especialmente si es corta, será el momento, también, de que quede plasmado en la grabación el consentimiento informado y la biografía del informante. Dependiendo del tipo de informante y de la sesión de elicitación, estos dos pasos se pueden hacer en diferentes momentos. Aunque a veces la parte previa a la ejecución de la tarea pueda parecer poco productiva, puesto que aún no se ha empezado a pasar las tareas para las que está programada la sesión, son muy útiles ya que, en muchos casos, junto con la información biográfica, pueden salir datos interesantes sobre la propia vida del informante, sobre su comunidad lingüística y, en muchas ocasiones, sobre diferentes ideologías y actitudes lingüísticas.

3.1.2.2. Durante la sesión de trabajo

La sesión de trabajo va a depender del tipo de tareas que se tengan previstas para ese día por lo que es difícil describir de manera específica qué hacer³. Por lo general, especialmente si la tarea no es manual, es decir, si consiste en describir diferentes materiales (imágenes, videos...) o responder a cuestionarios, la **duración** de la sesión incluyendo los preámbulos no debería de exceder más de una hora. Pese a que puede parecer poco tiempo, en realidad es mucho, teniendo en cuenta que los espacios de atención suelen oscilar alrededor de los quince minutos. Aunque todo depende de los estímulos y las tareas que se estén llevando a cabo, es recomendable intentar mantener el interés y la atención del informante en todo momento. Esto se puede hacer alternando la ejecución de diferentes tipos de tareas (si son cortas) y, sobre todo, acompañando al participante en todo momento para mostrarle que todo lo que está diciendo es interesante. En ocasiones cuando se repite una misma tarea con diferentes informantes es difícil para el investigador mantener la **concentración** puesto que ya ha sido testigo de la misma situación muchas veces. Esto no es admisible ya que puede afectar al informante de forma muy negativa. Una sesión de trabajo es siempre colaborativa por lo que, si una de las partes necesita descansar, es necesario parar. Por último, durante la sesión, el investigador, a veces, puede tomar notas en su diario de campo. Sin embargo, esta acción dependerá del tipo de informante, porque suele ser bastante disruptivo ver que alguien escribe mientras otro realiza una tarea.

3.1.2.3. Después de la sesión de trabajo

Aunque las sesiones de trabajo puedan ser agotadoras, es crucial procesar los datos recogidos en cuanto se termina. La palabra **procesamiento** de datos se usa de forma global para incluir desde la codificación y almacenamiento de las grabaciones, hasta la organización de las notas de campo y el comienzo de la transcripción de los datos. Aunque no siempre sea posible completar dichas tareas justo después de la sesión de trabajo, siempre es aconsejable adelantar parte del trabajo tras la sesión. Esto es importante no solo por la importancia que supone preservar el trabajo realizado, sino también por reflejar impresiones, detalles, ideas, anotaciones mentales, que han surgido durante la sesión, y que, por desgracia, permanecen durante muy poco tiempo, y, desde luego, que se olvidan si no se dejan registradas en las notas de campo.

En cualquier caso, lo que siempre se ha de hacer es la clasificación y el archivo de las grabaciones en diferentes soportes para ir confeccionando el **corpus** de datos. La **clasificación** consiste en la asignación del código a cada informante y a cada una de la(s) tarea(s) realizada(s). Como se mencionaba más arriba, el investigador habrá tomado nota de los detalles de la sesión en su diario de campo, pero ahora es el momento de ordenar las primeras notas y clasificar cada grabación. Esto es importante para poder localizar los datos de forma rápida y para después, en la producción, poder identificar el ejemplo que se vaya a usar dentro del corpus. Una vez que se han clasificado dichas grabaciones viene el **almacenaje** y el guardado de los archivos. Cualquier persona que trabaje con datos sabe que es importante guardarlos en diferentes dispositivos. Por esta razón, no se va a insistir en este aspecto. Tras este paso indispensable, lo siguiente sería comenzar con la transcripción de los datos de los archivos. Esta tarea es conveniente realizarla *in situ* puesto que puede darse el caso de tener que repetir, ampliar o consultar algún aspecto de la información recogida. En las campañas en las que se cuenta con un colaborador, tanto

un lingüista interno como un ayudante lingüístico, es crucial hacerlo en ese momento por razones obvias.

A la hora de hacer la **transcripción**, además de los detalles de identificación de cada informante y tarea, se pueden utilizar las diferentes herramientas y softwares que existen hoy en día para editar y transcribir archivos multimedia. La lista es amplia, pero quizás por ser más conocidos y utilizados, se pueden mencionar dos (véase sección 7 para su acceso en línea). Por un lado, el sistema de transcripción CHAT dentro del software CLAN que suele ser utilizado para repositorios como el *CHILDES* (véase MacWhinney 2000 y la sección 3.1.3.). Por otro lado, el software para anotación y transcripción multimodal ELAN (Lausberg y Sloetjes 2009) que es uno de los más frecuentes en la documentación lingüística por su fácil manejo y por las diversas opciones de alineado de texto oral, imagen y codificación que ofrece (esto es, cuenta con apartados específicos para glosado, traducción y cualquier otro tipo de información). En este punto, es importante que el investigador deje constancia del tipo de transcripción y transliteración que va a emplear, ya que muchas veces no está del todo establecida o estandarizada. Asimismo, para glosar los datos lingüísticos conviene utilizar sistemas que, más o menos, estén ya homogeneizados y aceptados por la comunidad científica como, por ejemplo, *The Leipzig Glossing Rules*, un conjunto de directrices para crear glosas de interlineado morfológico propuestas por el Max Planck Institute for Evolutionary Anthropology de Leipzig (Alemania).

3.1.3. Fase 3: la post-campaña o después de la recogida de los datos

Finalmente, la última fase comienza en el momento en el que se regresa del sitio de investigación y comprende al menos tres aspectos fundamentales: transcripción y análisis del corpus, almacenamiento permanente de los datos del corpus y la producción científica basada en dicha investigación. En la sección anterior, ya se han comentado algunos de los aspectos principales del primer aspecto y las razones para intentar llevar a cabo esta transcripción lo antes posible. Naturalmente la revisión de las transcripciones, la codificación y el análisis de los datos, especialmente esto último, son tareas que se extenderán en el tiempo, no solo porque son arduas y requieren una gran inversión de tiempo y esfuerzo, sino también porque, si están bien codificadas, se podrán explotar, de forma indefinida, desde diferentes ángulos y para multitud de objetivos de producción. Esta última sección, por tanto, se centrará exclusivamente en los otros dos aspectos.

En primer lugar, el **archivamiento** y el **almacenaje** de los datos (en crudo y transcritos) de forma consistente, regulada y permanente es crucial. Como se explicaba en la sección anterior, a cada informante y a cada sesión de trabajo se le asigna un código intransferible que servirá para identificar cada archivo (y después, para hacer referencia a esos datos y que sean fácilmente explotables y localizables). Estos archivos se han de guardar, por consiguiente, junto con toda la información psico-social correspondiente al informante (cuestionario biográfico) y al manual de campo.

Hoy en día, para almacenar este tipo de datos existen numerosos **repositorios** y plataformas de investigación de diferente tipología. Por ejemplo, entre las más conocidas (véase información en la sección 8), además de los archivos analógicos en museos y fundaciones (p. ej., *Smithsonian Institution*, *British Library*), se pueden citar: el repositorio *ELAR* del Programa de Documentación de Lenguas en Peligro de Extinción (véase la Figura 9), el repositorio *TLA* y *DOBES* del Max Planck Institute o el banco de

entre otras. En cualquier caso, es responsabilidad del investigador tener claras estas restricciones y, sobre todo, respetarlas.

En segundo lugar, hay que mencionar la **producción** derivada del trabajo de campo. En este sentido, se pueden distinguir al menos tres tipos de producción que, en teoría, deberían siempre cubrirse de una manera u otra: (i) producción científica para foros especializados, (ii) divulgación científica para la sociedad del conocimiento en general, y (iii) transferencia de resultados para la comunidad lingüística en la que se ha trabajado. Los dos primeros casos están claros y suelen ser las vías centrales de explotación por parte del investigador. Sin embargo, el tercer caso suele desarrollarse en menor medida. Por el concepto de transferencia aquí se describe cualquier acción que revierta en el beneficio y el empoderamiento de la comunidad lingüística, desde la creación de materiales didácticos para la revitalización de la lengua hasta la exposición en abierto de los materiales recogidos. Cada una de estas vías de explotación va a depender de las condiciones específicas de la investigación llevada a cabo en el trabajo de campo. No obstante, en cualquiera de los tres casos, especialmente en los dos primeros, es imprescindible que el investigador reconozca y agradezca la colaboración con la comunidad lingüística de forma explícita en las publicaciones (o en casos en los que se ha tenido un colaborador experto incluirlo como co-autor) y que no se olvide de garantizar el acceso a estas publicaciones a dicha comunidad.

En definitiva, es conveniente concluir esta sección reproduciendo en la Tabla 1 los cinco principios éticos del trabajo de campo del investigador que resume Dwyer (2006: 38-40) y que deberían de estar siempre presentes en todas las fases del trabajo de campo:

Principio 1. No hagas daño (aunque sea sin querer o sin intención)
Principio 2. Reciprocidad y equidad (la relación de investigación ha de ser consensuada, continuamente negociada y respetuosa)
Principio 3. Haz algún bien (tanto a la comunidad como a la ciencia)
Principio 4. Obtén el consentimiento informado antes de empezar la investigación
Principio 5. Almacena y difunde tus datos y tus resultados

Tabla 1. Cinco principios de investigador en el trabajo de campo según Dwyer (2006)

4. Conclusiones: ¿Qué aporta a la lingüística el trabajo de campo?

En este artículo se ha presentado el concepto de trabajo de campo como una metodología lingüística necesaria para el avance de la comprensión del funcionamiento de las lenguas y del procesamiento del lenguaje. Las lenguas representan, crean y recrean la cosmovisión de sus hablantes. Son incardinaciones del saber humano que están enraizadas en el contexto sociocultural de sus respectivas comunidades lingüísticas, por lo que para poder descifrar cómo funciona el lenguaje, es imprescindible la aplicación de metodologías lingüísticas en las que el investigador tenga contacto de primera mano con el fenómeno que está investigando en su plenitud: el lenguaje y sus principales protagonistas, los hablantes.

Se ha propuesto definir el trabajo de campo de una manera general y amplia como: la recogida sistemática de información sobre un determinado fenómeno *in situ*, en su entorno natural. Es decir, se considera trabajo de campo cualquier tipo de investigación en la que el investigador se desplace al entorno natural (cercano o lejano) de la comunidad

lingüística con la que va a colaborar. Queda excluida, por tanto, de esta definición el trabajo empírico que se realiza con informantes en un laboratorio o por medios telemáticos –aunque desde el inicio de la pandemia del Covid-19 se han tenido que adaptar las campañas de documentación a la situación de emergencia (véase Orjuela et al. 2021)– puesto que no es posible cumplir algunas de las premisas básicas establecidas. Entre las principales ventajas que ofrece el trabajo de campo al estudio del lenguaje y las lenguas está precisamente el contacto directo con la comunidad lingüística. Esto supone el acceso no solamente a materiales de primera mano, reales y contrastados con sus usuarios, sino también contextualizados, es decir, recogidos en su propio hábitat, lo que a veces es crucial para poder interpretarlos de forma adecuada. Un ejemplo para ilustrar la importancia de este tipo de metodología se puede ver en la Figura 10.

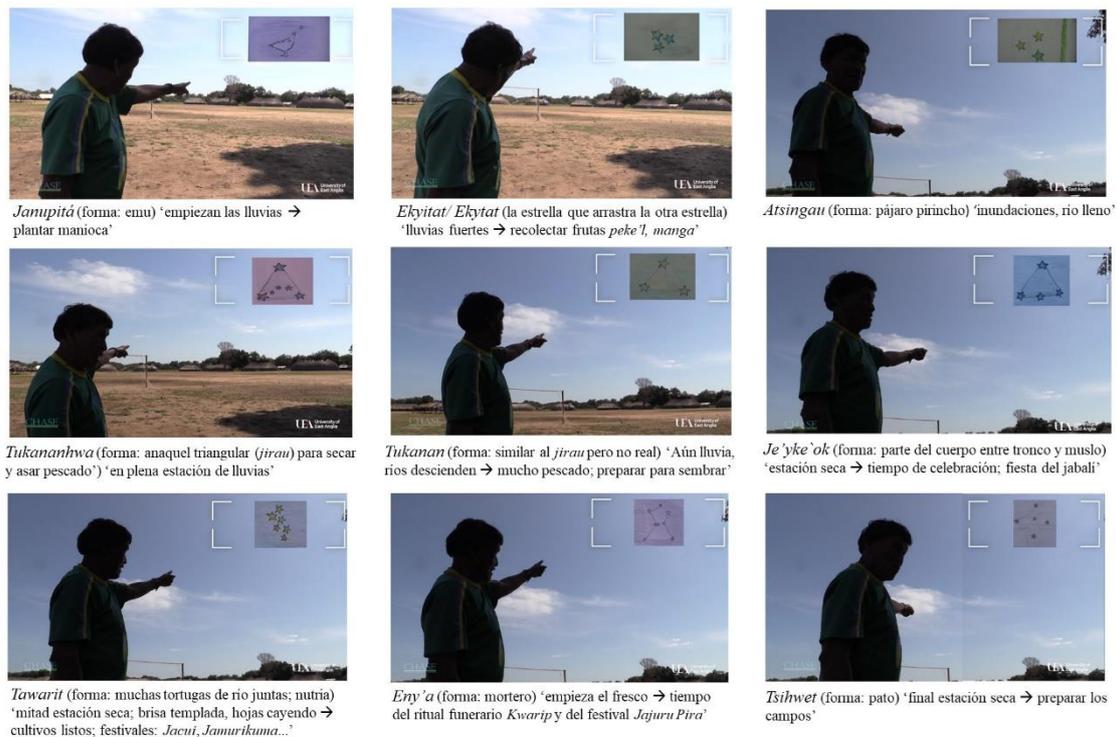


Figura 10. Las constelaciones y los eventos en kamaiurá. Dibujos de Wary Kamaiurá Sabino. Adaptado de Silva-Sinha (2018: 154-155; documental *Time in Culture*)

Las imágenes de la Figura 10 representan las diferentes constelaciones de estrellas y cómo se sitúan y se interpretan en el cielo de los kamaiurá, vistas desde el pueblo de Ipawu en el Alto Xingú de la provincia del Mato Grosso en Brasil. Esta comunidad, como describe Vera da Silva-Sinha (2018, 2019), organiza y conceptualiza el tiempo a partir de eventos, es decir, a partir de sucesos que ocurren. El tiempo no se puede “medir” en horas o meses, como se hace en occidente con artefactos culturales como los relojes o los calendarios, sino que se organiza alrededor de intervalos de sucesos. Por ejemplo, se sirven de las diferentes etapas de madurez de una persona para determinar la “edad” de ese individuo en vez de la fecha de cumpleaños, utilizan las fases de la luna para marcar el ciclo menstrual de la mujer (véase la Figura 8.c.) o, como en la Figura 10, miran la posición y el aspecto de las estrellas y sus constelaciones para establecer la temporalización de las cosechas y las celebraciones. Aunque, por supuesto, se puede comprender el sistema temporal de los kamaiurá desde fuera de este entorno⁴, sería tremendamente complejo

unir cada constelación, su nombre metonímico basado en la forma de los elementos de los que toman su nombre, su significado y su impacto en la vida de los kamaiurá sin estar *in situ* y sin ver cómo se explica oral y gestualmente la conceptualización del tiempo.

Ahora bien, en el trabajo de campo es crucial no olvidar que este “acceso VIP” a las lenguas conlleva también (i) una serie de obligaciones con respecto a la comunidad lingüística en la que se trabaja (protocolos, respeto y empatía lingüística, documentación y materiales...), (ii) unos requisitos mínimos para el diseño de una campaña de trabajo adecuada desde sus pasos iniciales (contacto, diseño de tareas/materiales...) hasta el procesamiento de los datos (análisis, producción, archivo, conservación, disfrute), pasando por la recogida de los mismos (grabación, transcripción) y (iii) un esfuerzo extra por la inversión de tiempo y fondos necesarios para llevar a cabo este tipo de metodología.

En estas páginas, solo se han ofrecido algunas pinceladas de las bases del trabajo de campo, pero actualmente existe una abundante literatura especializada donde encontrar información más detallada. Por ejemplo, hay disponibles referencias específicas para ampliar conocimientos (i) sobre cómo llevar a cabo la documentación y la elaboración de gramáticas descriptivas de lenguas, uno de los objetivos clásicos en los que se aplica el trabajo de campo y que se suele considerar un campo de especialización propio (Vaux y Cooper 1998; Gippert et al. 2006; Vaux et al. 2007; Bowerman 2008; Chelliah y de Reuse 2011), (ii) sobre aspectos más técnicos y/o menos explorados del trabajo de campo (Thieberger 2012), o (iii) sobre la aplicación de esta metodología en comunidades lingüísticas remotas (Crowley 2007; Meakins et al. 2018), etc. El lector también puede consultar algunas referencias clásicas, como Samarin (1967), Bouquiaux y Thomas (1972) y Kibrik (1977), entre otros, y que son imprescindibles para iniciarse y conocer los comienzos de esta área. O incluso pueden consultarse publicaciones que se mueven entre la exposición científica de resultados del trabajo de campo y la narración por el viaje interior e íntimo del investigador de campo (Newman y Ratliff 2001; Harrison 2007; Evans 2008, 2011; Everett 2008; Sarvasy y Forker 2018, entre otros).

Sea como fuere, el trabajo de campo, en todas sus dimensiones (remoto, urbano, explorador, efímero...) es una metodología lingüística que no solo es fundamental para el avance del conocimiento sobre el lenguaje humano, sino que es, sin lugar a dudas, imprescindible para la formación de todo aquel que quiera ser **Lingüista**.

5. Referencias

- Aliaga Jiménez, José Luis; Giralt Latorre, Javier; Moret Oliver, María Teresa. 2016. Tres hitos en la historiografía de las lenguas minoritarias de Aragón. En M.^a C. Horno Chéliz, I. Ibarretxe-Antuñano y J. L. Mendívil-Giró, eds. *Panorama actual de la ciencia del lenguaje. Primer sexenio de Zaragoza Lingüística*. Zaragoza: PUZ, pp. 403-427.
- Amorós Negre, Carla. 2014. *Las lenguas en la sociedad*. Madrid: Síntesis.
- Aurrekoetxea, Gotzon. 2022. Métodos de la dialectología cuantitativa. *Estudios de Lingüística del Español* 45: 43-69.
- Austin, Peter K.; Sallabank, Julia, eds. 2011. *The Cambridge handbook of endangered languages*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Barwick, Linda. 2012. Including music and the temporal arts in language documentation. En N. Thieberger, ed. *The Oxford handbook of linguistic fieldwork*. Oxford: Oxford University Press, pp. 166-179.
- Bouquiaux, Luc; Thomas, Jacqueline M. C.; Robert, James. 1972. *Enquête et Description des langues à tradition orale*. Paris: Société d'Études Linguistiques et Anthropologiques de France.
- Bowern, Claire. 2008. *Linguistic fieldwork: A practical guide*. London: Palgrave Macmillan.
- Browne, Wayles. 2020. Bosnian-Croatian-Montenegrin-Serbian language. *Encyclopedia Britannica*. Disponible en: <https://www.britannica.com/topic/Bosnian-Croatian-Montenegrin-Serbian-language>.
- Cámara-Leret, Rodrigo; Bascompte, Jordi. 2021. Language extinction triggers the loss of unique medicinal knowledge. *Proceedings of the National Academy of Sciences* 118 (24) e2103683118. DOI: 10.1073/pnas.2103683118
- Chelliah, Shobhana L; Reuse, Willem J. de. 2011. *Handbook of Descriptive Linguistic Fieldwork*. Dordrecht: Springer Science + Business Media.
- Crowley, Terry. 2007. *Field linguistics: A beginner's guide*. Oxford: Oxford University Press.
- Dingemans, Mark; Verhoef, Tessa; Roberts, Seán G. 2014. The role of iconicity in the cultural evolution of communicative signals. En B. de Boer y T. Verhoef, eds. *Proceedings of evolang X workshop on signals, speech and signs*. Vienna: Department of English and American Studies, pp. 11-15.
- Dunn, Michael; Majid, Asifa; Jordan, Fiona. 2010. *Biographical questionnaire for the EoSS project. Incorporates the Edinburgh handedness inventory (Oldfield, 1971)*. Nijmegen: Max Planck Institute for Psycholinguistics.
- Dwyer, Arienne M. 2006. Ethics and practicalities of cooperative fieldwork and analysis. En J. Gippert, N. P. Himmelmann y U. Mosel, eds. *Essentials of language documentation*. Berlin: Mouton de Gruyter, pp. 31-66.
- Evans, Nicholas. 2008. Review of essentials of language documentation. *Language documentation & conservation* 2.2: 340-350.
- Evans, Nicholas. 2011. *Dying words: Endangered languages and what they have to tell us*. Malden, MA: John Wiley & Sons.
- Epps, Patience; Webster, Anthony K.; Woodbury, Anthony C. 2017. A holistic humanities of speaking: Franz Boas and the continuing centrality of texts. *International Journal of American Linguistics* 83.1: 41-78.
- Everett, Daniel L. 2008. *Don't sleep, there are snakes: Life and language in the Amazonian jungle*. New York, NY: Pantheon Books.
- Gippert, Jost; Himmelmann, Nikolaus P.; Mosel, Ulrike, eds. 2006. *Essentials of language documentation*. Berlin: Mouton de Gruyter.
- Hachimi, Atiqa. 2015. "Good Arabic, Bad Arabic": Mapping language ideologies in the Arabic-speaking world. *Zeitschrift für Arabische Linguistik* 61: 36-71.
- Harrison, K. David. 2007. *When languages die. The extinction of the world's languages and the erosion of human knowledge*. Oxford: Oxford University Press.
- Himmelmann, Nikolaus P. 1998. Documentary and descriptive linguistics. *Linguistics* 36: 161-195.
- Hyman, Larry M. 2001. Fieldwork as a state of mind. En P. Newman y M. Ratliff, eds. *Linguistic fieldwork*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 15-33.

- Ibarretxe-Antuñano, Iraide. 2020. Empatía lingüística. *Revista Archiletras* 9: 70-72.
Disponible en: <https://www.archiletras.com/firma/empatia-linguistica/>
- Ibarretxe-Antuñano, Iraide. 2021a. Érase una vez... la estandarización de la lengua. *Revista Archiletras* 13: 58-59.
- Ibarretxe-Antuñano, Iraide. 2021b. De los hablantes a las lenguas pasando (o no) por la estandarización: un camino de ida y vuelta. *Zaragoza Lingüística a la Carta*. Disponible en: <https://sites.google.com/view/zl-a-la-carta/zl-a-la-carta/más-allá-de-zaragoza-lingüística/de-los-hablantes-a-las-lenguas-pasando-o-no-por-al-estandarización?authuser=0>.
- Ibarretxe-Antuñano, Iraide; Valenzuela Manzanares, Javier. 2021. *Lenguaje y cognición*. Madrid: Síntesis.
- Kibrik, A. E. 1977. *The methodology of field investigations in Linguistics. (Setting up the problem)*. The Hague: Mouton.
- Lausberg, Hedda; Sloetjes, Han. 2009. Coding gestural behavior with the NEUROGES-ELAN system. *Behavior research methods, instruments & computers* 41.3: 841-849. DOI: 10.3758/BRM.41.3.841
- Labov, William. 1972. *Sociolinguistic patterns*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- MacWhinney, Brian. 2000. *The CHILDES project: Tools for analyzing talk*. 3rd Edition. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Meakins, Felicity; Green, Jennifer; Turpin, Myfany. 2018. *Understanding linguistic fieldwork*. London: Routledge.
- Moreno Cabrera, Juan Carlos. 1997. *Introducción a la lingüística. Enfoque tipológico y universalista*. Madrid: Síntesis.
- Newman, Paul; Ratliff, Martha, eds. 2001. *Linguistic fieldwork*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ramsey, S. Robert. 1987. *The languages of China*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Thieberger, Nick, ed. 2012. *The Oxford handbook of linguistic fieldwork*. Oxford: Oxford University Press.
- Sakel, Jeannette; Everett, Daniel L. 2012. *Linguistic fieldwork: A student guide*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Samarin, William J. 1967. *Field linguistics. A guide to linguistic field work*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Sarvasy, Hannah; Forker, Diana. 2018. *Word hunters: Field linguists on fieldwork*. Amsterdam: John Benjamins.
- Seyfeddinipur, Mandana. 2012. Reasons for documenting gestures and suggestions for how to go about it. En N. Thieberger, eds. *The Oxford handbook of linguistic fieldwork*. Oxford: Oxford University Press, pp. 147-165.
- Silva-Sinha, Vera. 2018. *Linguistic and cultural conceptualisations of Time in Huni Kuĩ, Awetý and Kamaiurá indigenous communities of Brazil*. Tesis doctoral inedita. University of East Anglia.
- Silva-Sinha, Vera. 2019. Event-based time in three indigenous Amazonian and Xinguan cultures and languages. *Frontiers in Psychology*. DOI: 10.3389/fpsyg.2019.00454
- UNESCO. 2003. Vitalidad y peligro de desaparición de las lenguas: grupo especial de expertos sobre las lenguas en peligro convocado por la UNESCO. Disponible en: http://www.unesco.org/new/fileadmin/MULTIMEDIA/HQ/CLT/pdf/LVE_Spanish_EDITED%20FOR%20PUBLICATION.pdf

- ONU. 2007. Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los pueblos indígenas. Disponible en: https://www.un.org/development/desa/indigenouspeoples/wp-content/uploads/sites/19/2018/11/UNDRIP_S_web.pdf
- Orjuela, Lorena; Ortiz Álvarez, Rebeca; Galván, Johanna. 2021. Documentar una lengua en tiempos de SARS-CoV-2. *Visitas al Patio* 15.2: 212-232.
- Vaux, Bert; Cooper, Justin. 1998. *Introduction to linguistic field methods*. Munich: Lincom Europa.
- Vaux, Bert; Cooper, Justin; Tucker, Emily. 2007. *Linguistic field methods*. Eugene, OR: Wipf and Stock.
- Vicente, Ángeles. 2011. La diversidad de la lengua árabe como lengua de comunicación. *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos, Sección Árabe e Islam* 60: 353-370.

6. Sitios web con recursos y/o información sobre el Trabajo de Campo y sobre la diversidad lingüística

Información sobre Trabajo de Campo (recursos, archivo, formación, financiación). Endangered Languages Documentation Programme. Disponible en: <https://www.eldp.net/>

Información sobre Trabajo de Campo. Stanford University. Disponible en: <http://www.stanford.edu/dept/linguistics/cgi-bin/fieldwork/info.php>

Información sobre la preparación del Trabajo de Campo. University of Toronto. Disponible en: <http://projects.chass.utoronto.ca/lingfieldwork/>

Herramientas tipológicas para el Trabajo de Campo. Max Planck Institute, Leipzig. Disponible en: <http://www.eva.mpg.de/lingua/tools-at-lingboard/tools.php>

Manuales y estímulos para el trabajo de campo (instrucciones, materiales, etc.). Max Planck Institute, Nijmegen. Disponible en: <http://fieldmanuals.mpi.nl/>

Información sobre las lenguas del mundo: Glottolog 4.5 (Gratis). Disponible en: <https://glottolog.org/>

Información sobre las lenguas del mundo: Ethnologue (Bajo suscripción). Disponible en: <http://www.ethnologue.com>

7. Software

ELAN. Software para la anotación de grabaciones en audio y video. Max Planck Institute. (Lausberg y Sloetjes 2009). <https://archive.mpi.nl/tla/elan>

CLAN. Software para el análisis computerizado del lenguaje a través de CHAT (MacWhinney 2000). <https://dali.talkbank.org/clan/>

8. Archivos

DOBES. Documentación de Lenguas Amenazadas. Max Planck Institute, Nijmegen.
<https://dobes.mpi.nl/>

ELAR. Endangered Language Archive. Endangered Language Documentation Programme. <https://www.elararchive.org/>

TalkBank. Brian MacWhinney. Carnegie Mellon University, EUA. <https://talkbank.org/>

TLA. The Language Archive. Max Planck Institute, Nijmegen <https://archive.mpi.nl/tla/>

* Este trabajo se encuadra dentro de: los proyectos CONESSO (FFI2017-82460-P) y MultiMetAR (DGA-LMP143_21) y los grupos de investigación Psylex (UZ-DGA H11_17R) y ICON (Campus Íberus). Gracias infinitas a las editoras, a los revisores externos y también a los colegas que me han facilitado las pruebas fotográficas de su trabajo de campo (y a sus (y mis) respectivas comunidades lingüísticas): Juergen Bohnemeyer (lengua: maya yucateco; Yaxley, México); Mark Dingemans (lengua: siwu; Akpafu-Mempesem, Ghana); Günter Senft (lengua: kilivila; Tauwema, Islas Trobriand, Papúa Nueva Guinea); Vera da Silva Sinha (lenguas: awetý, kamaiurá; reserva Xingú, Brasil); Julia Guenbelzu (lengua: español, Zaragoza, Aragón); María Louro-Mendiguren (lengua: euskara, Ondarroa, País Vasco) y una servidora (lengua: euskara-castellano; Ikastola Astileku, Portugalete, País Vasco; lengua: euskara, Orbaizeta, Navarra; lengua: aragonés, Ansó, Aragón).

¹ En muchos de estos casos, estas denominaciones vienen determinadas por agendas geopolíticas, económicas, religiosas, etc. de gobiernos, entidades o grupos con algún tipo de influencia o poder en distintos momentos históricos, no necesariamente actuales. Al ser estos aspectos extralingüísticos quedan fuera del alcance de esta sección; no obstante, es crucial no obviarlos puesto que, en el trabajo de campo, al estar (o querer estar) el investigador en contacto con una comunidad lingüística es necesario conocer a fondo todo el contexto, actual y pasado, en el que se desarrolla la lengua de su investigación (véase sección 2.2.). Casos ilustrativos de este tipo de situaciones hay muchos en el mundo. Por ejemplo, la elección de apelativos para nombrar a la lengua/dialecto para separarse o unirse a un grupo de variedades por motivos de identidad política (p. ej., el caso del catalán vs. el valenciano; o del xapurreo y del acrónimo LAPAO (Lengua Aragonesa del Área Oriental) para evitar la etiqueta catalán de Aragón (véase Aliaga Jiménez et al. 2016)) o por motivos de identidad religiosa (p. ej., árabe (clásico) vs. variedades, Hachimi 2015; Vicente 2011). Aunque, quizás uno de los casos más ilustrativos, porque aúna todos estos factores (geopolíticos, identidad, religión...) sea el del serbocroata que ha transitado por diferentes fases: desde sus inicios históricos en el eslavo eclesiástico antiguo (s. X), pasando por su acuerdo de estandarización (s. XIX) y su abandono tras la desaparición de Yugoslavia (s. XX), hasta los debates actuales sobre su verdadero o falso carácter de lengua policéntrica en relación a la lengua BCMS [BosnioCroataMontenegrinoSerbio] (Browne 2020).

² En este artículo se da por hecho que el investigador tiene claro el fenómeno lingüístico o la lengua a investigar, por eso no se dan más detalles de cómo escogerlos. No obstante, en los manuales más completos sobre trabajo de campo, como en Chelliah y de Reuse (2011: caps. 4 y 5) o en Meakins et al. (2018: sección 1.3., 2.1.), se incluye información específica al respecto.

³ En este artículo no hay espacio para describir las diferentes tareas que se pueden realizar sobre las diversas áreas de los estudios lingüísticos. El lector puede consultar manuales, como Chelliah y de Reuse (2011), Bovern (2015) o Meakins et al. (2018), donde se dedican capítulos individuales al trabajo de campo en temas fonético-fonológicos, morfosintácticos, semánticos, pragmáticos, sociolingüísticos, etc. Así mismo, manuales como Sakel y Everett (2012) y los recursos que se listan en la sección 6 (especialmente los del Max Planck Institute) pueden ser de utilidad para conocer diferentes tipos de metodología cuantitativa y cualitativa. Para una descripción de áreas menos exploradas, el lector puede consultar el manual editado por Thieberger (2012).

⁴ Además de las referencias de Silva-Sinha (2018, 2019), su documental *Time in culture* es una exquisita pieza para comprender este sistema temporal. Este documental está accesible en: <https://vimeo.com/261572557>.